

Josefina Rodríguez Aldecoa, *Historia de una maestra*, Barcelona, Anagrama, 1990, 232 pp.

La fuerza conativa de un *tú* dirigido por la voz que habla a una persona innominada, casi para instarla a que la ayude a poner orden en el conjunto de sus memorias y a buscar explicaciones a «tantas cosas que para mí están muy oscuras», caracteriza el exordio de la novela de Josefina Aldecoa. Solo en el *explicit* resultará manifiesto que el narratario es en realidad Juana, hija de Gabriela López Pardo, la protagonista de *Historia de una maestra*. La función dialéctica de la segunda persona gramatical se desvanece, sin embargo, y se anula al cabo de pocas líneas para dejar paso a una novelación en que domina la primera persona, perfectamente apta, creemos, para la focalización interior de la narradora la cual, a través de una amplia analepsis de 232 páginas, cuenta su propia vida enmarcándola entre «un día de octubre de 1923» y el comienzo de la guerra civil. La renuncia inesperada a un deíctico tan prometedor parece en una primera impresión una incongruencia formal que va a restar tensión dramática al relato, pero se comprende inmediatamente que la voz de Gabriela no puede sino ensimismarse, «auscultarse» para recrear «su» tiempo pasado, para recuperar «sus» recuerdos y una identidad que, gracias a la memoria voluntaria, se hace «presente» y al mismo tiempo «historia».

El recorrido vivencial de Gabriela está subdividido en tres grandes etapas: en la primera (*El comienzo del sueño*, pp. 12-80), Gabriela narra sus experiencias de maestra novata en un perdido pueblo asturiano, antes, y en tierra guineana, después; en la segunda (*El sueño*, pp. 81-150), habla del improbable desarrollo de su oficio al lado del marido, maestro también, en dos poblaciones miserables de Castilla; y en la tercera (*El final del sueño*, pp. 141-232) refiere sus peripecias en un pueblo leonés donde los graves acontecimientos arrastran a su marido y hacen de él una de las primeras víctimas políticamente conscientes de la contienda que va a desencadenarse. Gabriela proyecta —como se comprende— su historia sobre el telón de fondo de una época decisiva para la vida española: el advenimiento de la República. Como narradora interior de la secuencia discursiva, cuenta los sucesos de su existencia en una exposición lineal y dentro de cánones racionalmente establecidos; pero al confiar a la memoria el mayor

esfuerzo de evocación, interrumpe con una serie bien articulada de espacios en blanco el hilo cronológico del enredo. Son pausas estas de profundo significado inferencial: sugieren la emoción, y el dolor a veces, de una rememoración que reanuda los recuerdos con la conciencia todavía despierta y dolorida; crean una sucesión de interrupciones que, junto a unas prolexis magistralmente orquestadas, atenúan, de manera indiciaria, la tensión e invitan a la reflexión. Gabriela no quiere chocar ni sorprender. Decide contar para dejar constancia de lo que significó la promesa de grandes cambios ínsita en los planes de reforma escolar republicana y para exaltar la fe y las esperanzas de los que creyeron firmemente en la lucha contra la ignorancia y el caciquismo. Cuenta para ensalzar el valor cuantitativo de la búsqueda trascendida y simbólica de un sueño individual y colectivo: el de los maestros de la República, entre los que ella actuó ordenando su propia vida entre los límites de una nimia cotidianeidad que tuvo la dignidad de vivir con serena entereza. Gabriela recuerda para comprender y comprenderse, intentando hablar de los acontecimientos con objetividad, y lo que le interesa «...no es ya solo contar o *contarse*; es hablar concretamente como mujer(es), analizándose, planteando preguntas y descubriendo aspectos desconocidos e inexpresados» (Cf. B. Ciplijauskaitė, *La novela femenina contemporánea* (1970-1985), Madrid, Anthropos, 1988, p. 17). Como cuando dice: «Si yo quisiera explicar lo que era entonces para mí la política, no sabría. Yo creía en la cultura, en la educación, en la justicia. Amaba mi profesión y me entregaba a ella con afán. ¿Todo esto era política? En Ezequiel [su marido] encontré la continuidad de lo que mi padre me había enseñado, la austeridad, la mística del trabajo, la inagotable entrega. Era eso política? (107)».

Pero el yo íntimo de la narradora «observa, interpreta y actúa siempre desde una conciencia subjetiva» (Cf. Lubomir Dobežel, *Narrative Modes in Czech Literature*, citado por B. Ciplijauskaitė en *op. cit.*, p. 19) que cuida la intensidad de unos sentimientos recónditos captados con una trepidación típicamente femenina: «Mi vida transcurría ajena a cualquier fenómeno que no fuera el de mi maternidad —confiesa Gabriela cuando nace su hija—. Cuando la niña dormía en su cuna, yo me instalaba a su lado y sin darme cuenta me sentía caer en un letargo. Como si todavía no se hubiera resuelto la separación, el corte del cordón que nos unía, seguía yo prisionera del ritmo y la frecuencia de sus funciones

vitales: dormía cuando ella dormía y me embargaba el dolor cuando ella, por la menor causa, lloraba (112)».

Es un constante esfuerzo de concienciación interior y exterior el que sostiene a la protagonista de *Historia de una maestra* y hace de ella un personaje de vida palpitante e imborrable, «a round character» —como diría E. M. Forster—, «persona» más que personaje, diríamos (no se olvide tampoco que el texto en sí va dedicado por el autor real «a mi madre», sin duda la legítima protagonista de la novela), que al retratar los particulares ambientes en que le toca vivir, describe caracteres, figuras y formas de pensar o ser con rasgos perspicaces y certeros, eludiendo siempre cualquier abstracta especulación ideológica. El memorialismo narrativo de Gabriela, además, resulta sobremano cautivador, porque el código lingüístico en que se cifra es una prosa llana, esencial, estilísticamente decantada.

Si es verdad —como sostiene acertadamente Gregorio Salvador— que «la primera virtud de una novela es que pueda leerse bien, que una vez empezada nos cueste dejarla, que nos interese más que nada lo que allí ocurra...» (Cf. *Introducción a Guad* de A. García Ramos, Islas Canarias, Biblioteca Básica Canaria, 1989, p. 12), podemos asegurar que la obra de Josefina Aldecoa posee enteramente esa virtud porque consigue capturar la atención del lector de tal manera que éste depende de cada página que lee. Tal vez porque la imaginación lo acerca a sensaciones y atmósferas ya vividas y compartidas; quizá porque las páginas sugieren una revelación anímica con otros personajes y otras experiencias vitales que en el dominio de distintos espacios literarios (estamos pensando concretamente en el *Diario de una maestra* de Dolores Medio), permiten considerar la novela como palimpsesto de inscripciones anteriores que, dentro de una dinámica social de un no lejano pasado histórico, enlaza muy bien un acabado realismo testimonial con un delicado y perfectamente logrado intimismo de visos líricos.

Università di Padua

EMILIETTA PANIZZA